



TRENTON:

PELIGROSA ADICCIÓN

Una historia con tintes de *dark romance* que se convertirá en tu nueva obsesión.

LENA SALVATORE

Matchstories

Trenton: peligrosa adicción

Lena Salvatore

atchstories

MatchStories es una colección de Esencia Editorial

© Lena Salvatore, 2025

© Editorial Planeta, S. A., 2025

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

© Ilustraciones del interior: Shutterstock

Primera edición: febrero de 2025

ISBN: 978-84-08-29787-1

Depósito legal: B. 220-2025

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

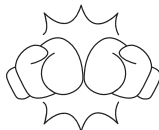
La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Si compras este libro y respetas las leyes de propiedad intelectual al no reproducirlo sin permiso, por ningún medio, total ni parcialmente, estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirigete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.



Capítulo 1



Trenton

Uno.

Dos.

Tres.

Cuatro.

Los golpes resuenan insistentes tras la puerta del camerino en el que permanezco, sumido en completa oscuridad.

—Adelante —murmuro escuetamente. El tono, tranquilo; la respiración, controlada.

Listo para lo que me espera.

Desde aquí ya puedo oír el clamor del público coreando mi nombre.

Están expectantes y ansiosos.

Yo, en cambio, mantengo la sangre fría.

Las emociones nublan el juicio y truncan las grandes batallas. Te convierten en un perdedor.

Eso es lo que me dice una y otra vez mi entrenador y lo que me repito como un mantra justo antes de subir al ring.

No puedo permitirme ser la bestia que era antes.

Esa que, en lo más recóndito de mis entrañas, aún puedo sentir rugiendo y luchando por ser liberada.

Aparco esos pensamientos autodestructivos que pertenecen a un pasado que deseo enterrar para siempre y me concentro en terminar de hacer los ejercicios para dejar la mente en blanco.

La pelea debe de estar a punto de comenzar.

La puerta no tarda en abrirse para dar paso a Phillip.

—¿Estás listo? —me pregunta propinándome una palmada en la espalda.

Asiento, con la adrenalina bulléndome en las venas.

—No dejes que te ponga contra las cuerdas. Mantén la calma y empieza defendiéndote, no atacando. Que se desespere y baje la guardia. Ahí vas con todo —me va indicando. Yo asiento con la cabeza, relajado.

Sé lo que tengo que hacer.

Mi rival es fuerte, no lo ignoro. Pero confío en mis habilidades. Puedo vencerlo.

Me levanto para ir a calentar, pero mi móvil escoge ese preciso instante para sonar. Ello frena mi avance en seco y, extrañado, me inclino para rebuscar en mi bolsa de deporte hasta encontrarlo. Obvio las miradas molestas de Phillip.

Sé que tendría que haberlo apagado, pero se me ha pasado.

—Sawyer, ¿qué te tengo dicho de los móviles? Dos minutos, anda; enseguida te llamarán a la lona.

Un corto asentimiento por mi parte es lo único que recibe como respuesta.

—¿Quién es? —inquiero yendo al grano y sin disimular mi mal humor.

Una voz que no conozco y que suena indiferente me contesta con otra pregunta, algo que odio.

—¿Es usted el señor Trenton Sawyer?

—Sí —casi gruño de impaciencia.

Y entonces la voz adopta un matiz más suave y compasivo que me hace apretar la mandíbula sin saber por qué, hasta que proceso sus palabras.

No me doy cuenta de que estoy estrujando el teléfono peligrosamente hasta que Phillip se acerca, muy inquieto, y me pone una mano en el hombro.

Pero yo estoy demasiado ocupado asimilando la información que acaba de trastocar todo mi mundo.

—¿Señor Sawyer? ¿Está usted ahí?

Controlando las ganas de colgar y estampar el aparato contra la pared, me obligo a contestar.

—Gracias por llamar.

Sin más, corto la comunicación, desoyendo los reproches de mi conciencia por no añadir nada más.

«¿Quién les ha dado mi teléfono?», me pregunto frustrado y confuso.

En todo caso, tendré que tomar una decisión al respecto, pero no creo que sea el momento de hacerlo.

Poco a poco siento que el descontrol me invade de los pies a la cabeza y maldigo. Ahora no, joder.

—¡Eh, Trent! —Me giro en el sitio. Phillip está preocupado, lo veo en sus ojos. Eso solo me cabrea más y gruño, repentinamente incapaz de dominar mi furia—. ¿Estás bien? ¿Qué coño te han dicho en esa llamada...?

Sé lo que está pensando y no se atreve a mencionar.

«¿Qué coño te han dicho para que te parezcas tanto al Trenton de antes?»

Domino las ganas de gritar, de romper algo. Todo está bien, puedo controlarme.

—No es nada. Venga, vamos. —Ignoro el hecho de que mi voz suena unas octavas más grave y me dirijo hacia la puerta.

De repente me siento como un león enjaulado y no me ayuda nada el hecho de saber que estaré rodeado de tanta gente ahí fuera; toda una muchedumbre extasiada contemplando cada uno de mis movimientos y grabándose.

Los combates de la MMA gozan de un enorme prestigio y tienen a millones de espectadores pegados a la pantalla, sobre todo —y los números hablan por sí solos— cuando yo soy el protagonista.

Llevo casi diez años en la categoría de profesional, ya sumo más de treinta peleas invictas y montones de medallas ganadas, lo que me ha valido tanto mi reputación como el temible apodo de la Bestia de la Lona.

Honestamente, nada de eso me importa.

Subir ahí y pelear es lo que me hace sentir bien, lo demás es solo algo con lo que no me queda más remedio que lidiar.

Phillip me alcanza en la salida.

Me zafo como una fiera inconscientemente en cuanto me roza

el brazo, provocando que levante las manos, sorprendido por mi reacción agresiva.

—Tranquilo, toro. ¿Qué demonios te pasa? Y no me digas que nada.

Bufo.

—Escucha, no estás en condiciones de pelear. Voy a cancelarlo. Mis fosas nasales se dilatan y le corto el paso.

—Puedo pelear, Phillip. Luego te contaré de qué se trata, pero necesito que te convenzas de que puedo hacerlo —replico muy serio.

Respiro hondo para calmarme y demostrarle que lo que digo es cierto.

No puedo dejar que los viejos fantasmas de mi pasado me atormenten. No ahora. Nunca más, de hecho.

Mi entrenador y amigo no parece muy convencido. Pero acaba cediendo.

—Vale, te creo. Pero... si ves que se te empieza a ir la olla, hazme una señal. Hablo en serio, Trent.

Pego mi frente a la suya. Necesito que se lo grabe en la cabeza.

—Yo también hablo en serio. Puedo controlarme, Phil. Ya no soy esa persona —le espeto, luchando por desterrar de mi mente esos recuerdos oscuros.

Al verme tan seguro no insiste más y me precede por el pasillo hasta el ring.

El público estalla en vítores enloquecidos nada más verme, que se mezclan con la voz del comentarista anunciándome como la gran estrella del espectáculo.

Me quito la sudadera y subo a la jaula, ante el clamor de los presentes.

—Y aquí está la Bestia de la Lona, el temido Trenton Sawyer. Recordemos que es el campeón invicto de esta categoría, con más de treinta peleas consecutivas ganadas. Las apuestas están claramente a favor de este increíble luchador conocido por su fuerte y enigmático carácter. No ha concedido más que una entrevista —comenta el locutor, que está muy emocionado.

A mí me da igual, solo quiero que se calle para que comience el espectáculo de una vez.

—Y aquí llega su rival, el sueco Swen Gustafson, conocido como

el Púgil. Es escurridizo y muy versátil, pero ¿será capaz de derrotar a la Bestia? ¡Hagan sus apuestas, damas y caballeros! —grita eufórico. Y la multitud se vuelve loca.

Phillip termina de ponerme las protecciones y, tras darme unas indicaciones rápidas, sale de la jaula, no sin antes dirigirme una última mirada de circunstancias.

No tiene un pelo de tonto y sabe que algo me pasa. Pero en lo último que quiero pensar es en eso.

Tengo que mantener la calma, vaciar mi mente.

Hago los ejercicios para controlar la respiración y, cuando el árbitro me pregunta si estoy listo, asiento al igual que lo hace mi contrincante.

Es delgado como un galgo, y alto. Supongo que su complexión hace que sea más complicado atizarle, su punto fuerte debe de ser el defensivo. Pero aposteo a que no será tan bueno atacando.

Así que voy a hacer caso a Phillip, dejaré que ataque primero.

—Señores, les daré las instrucciones. Quiero una pelea limpia, nada de golpes en la cabeza ni fuera de tiempo. Obedezcan mis órdenes y protéjase en todo momento. Salúdense. —Chocamos los puños, sin dejar de estudiarnos con fijeza—. ¡A pelear! —ruge al fin, y es la luz verde que necesitaba.

El público estalla y la bocina marca el inicio.

Empiezo a moverme de un lado a otro, vamos a bailar un poco.

Sonríó provocativamente con la guardia preparada, pero no golpeo como mi rival esperaba que hiciera.

Veo el desconcierto en sus ojos y eso solo hace que mi confianza aumente.

Pero no lo estoy disfrutando como debería.

Y odio que me afecte.

Trato de bloquearlo.

Y el primer golpe conecta con mi mandíbula con un gancho de derecha perfecto que hace que me tambalee ligeramente.

Respiro, obligándome a mantener la calma.

Es parte de la estrategia.

El segundo me manda contra las cuerdas y por instinto muevo las caderas y ataco con las piernas para salir de ahí. Mi puño alcanza su pómulo y el crujido es tal que oigo exclamaciones de conmoción.

Solo estoy calentando.

Salto sobre él para derribarlo, pero, haciendo gala de su apodo, se zafa con un codazo que impacta en mi costilla izquierda y otro de lleno en mi mentón.

Gruño, sin poder evitar que la sangre comience a hervirme.

Oigo a Phil gritarme que me concentre en esquivar para cansarlo, pero no le hago caso.

A la mierda.

Voy a machacarlo.

Esquiva mi primer puñetazo y, tal y como pretendía, baja la guardia. Una patada lateral lo desestabiliza y me echo sobre él, castigándolo con mis puños sin piedad hasta que cae al suelo y yo encima de él.

No paro.

Una ráfaga tras otra.

Con tanta fuerza que, a pesar de que intenta protegerse, resulto imparable.

El último lo deja fuera de combate.

De repente todo empieza a distorsionarse. La gente, los gritos, el árbitro, Phillip y el tipo al que estoy destrozando a golpes.

No es su rostro ensangrentado lo que veo, es otro. Uno que odio con todo mi ser.

Y ya no soy yo.

Soy esa bestia que ha permanecido dormida hasta ahora y a la que tanto temía. Esa bestia que aborrecía y en la que me veo reflejado. Aquella en la que hace tiempo juré no convertirme.

«Mírate, no eres más que un pedazo de mierda debilucho que no es capaz ni de encajar un golpe como es debido. ¿Y todavía te preguntas por qué no te quiero? Das pena, nunca serás un hombre de verdad. Ojalá no hubieras nacido. Me avergüenzas.»

Ahí está esa voz que me atormenta desde que tengo memoria, lista para torturarme de nuevo.

No lo permitiré.

Mis puños son como rocas que arrasan con todo, arrancándole quejidos de dolor a mi rival, que no puede defenderse y cuya sangre me salpica la cara.

Y golpeo y golpeo y golpeo, gritando como un demente.

Hasta que siento cómo unos brazos me sujetan, tirando de mí hacia atrás y agarrándome del cuello para contenerme.

Pero no tienen nada que hacer conmigo. Me zafo con facilidad a base de codazos.

Los chillidos de la muchedumbre me llegan distorsionados.

Lo veo todo rojo y todo lo que puedo atisbar es su reflejo, riéndose de mí... gritándome que soy como él.

Más brazos se apresuran a separarme de mi víctima. Al final consiguen alejarme de él.

Me pongo como un animal y comienzo a soltar puñetazos, cabezazos y patadas a ciegas. Soy puro instinto y cólera desatada.

Lo mataré.

Tengo que matarlo.

Pero son demasiados y me quedo sin aire. Así que permanezco quieto para que me suelten.

—Eh, eh, Trent... Joder, mírame, soy yo. Soy Phillip, ¿vale? Respira, voy a soltarte pero tienes que estarte quieto. ¿De acuerdo?

Asiento.

Una vez liberado voy volviendo en mí poco a poco. La voz de mi entrenador me ha traído de regreso de mi oscura mente, pero todavía tengo los músculos tensos como cuerdas y no puedo controlar el instinto de querer defenderme de una amenaza invisible que solo está en mi cabeza.

No es hasta que inhalo un par de bocanadas que me fijo en que Phillip tiene la nariz rota y sangra profusamente. La mayoría de los seguratas que me han sujetado están ensangrentados y se quejan de tener algún hueso roto, y al infeliz que le ha tocado pelear conmigo lo están trasladando al hospital en camilla.

Están dispersando al público antes de que esto se vuelva una locura.

Y no puedo evitarlo; yo tampoco puedo quedarme aquí ni un minuto más. No después de lo que he hecho.

Salgo de la jaula como un rinoceronte en estampida y atravieso el vestíbulo sin que nadie se interponga en mi camino. Están todos demasiado acojonados como para detenerme.

No me entretengo ni un segundo, sé que Phillip no tardará en venir tras de mí. Y no quiero eso. No estoy en mis cabales ahora

mismo, tengo que evitar que cualquiera se me acerque. Por su bien.

Cojo mi mochila y me dispongo a salir del gimnasio. Pero entonces me quedo congelado al ver mi reflejo ante el espejo de cuerpo entero. Un reflejo con la cara y el cuerpo salpicados por completo de sangre.

Tengo las manos apretadas en puños, las venas del cuello inflamadas, gruño y resoplo como un animal enfebrecido.

Y no lo pienso.

Descargo una ristra de golpes brutales contra ese otro yo que me devuelve esa mirada oscura y vacía que tanto detesto. Una y otra vez, mientras me desgarró la garganta. Hasta que la plancha cae a plomo y los cristales hechos añicos aterrizan en el suelo, produciéndome algunos cortes leves en brazos y piernas, que recibo como una bendición.

Tengo un corte en la palma derecha algo más profundo, pero no me importa. Me hago un vendaje improvisado, me pongo un pantalón de chándal, una camiseta y una sudadera y, con las llaves de mi coche en la mano, me largo de aquí dejando a mi paso un desastre de mil demonios.



Llevo más de media hora conduciendo y todavía tengo el corazón latiéndome a toda máquina en el pecho y el genio a flor de piel, lo cual es un buen eufemismo para decir que estoy que echo espuma por la boca como un perro rabioso y que los buenos ciudadanos de Florida tienen suerte de no cruzarse en mi camino ahora mismo.

Es realmente increíble que haya tan poco tráfico, pero lo agradezco.

Con todo y con eso, el viaje no será corto, me esperan dos largas horas en la carretera hasta llegar a mi destino.

Tiempo que espero que sea suficiente para ayudar a calmarme. Ahora mismo me vendría muy bien encontrar una puta fórmu-

la mágica que me obligara a dejar de pensar. O, mejor todavía, que borrara todos esos putos recuerdos de mi mente.

No soy tan optimista como para creer que exista algo que pueda curar las cicatrices de mi alma contaminada, pero soñar es gratis.

«Bueno, al menos un chascarrillo, parece que la fiera ya se ha tranquilizado un poco.»

Mi subconsciente es un tocapelotas, pero lleva razón.

Un pitido intermitente me hace fruncir el ceño.

Joder, lo que me temía. Es Phillip, y no tiene que estar nada contento. Algo lógico teniendo en cuenta que le he partido la cara a él y, por lo menos, a nueve personas más sin contar con el pobre sueco.

Hoy no ha sido su noche, no... Espero que esté bien, más allá de un montón de huesos rotos que ni un milagro le va a evitar.

Nada más descolgar, decido ser el primero en iniciar la conversación para eludir sermones.

—Siento lo del golpe —me disculpo, a sabiendas de que no hay nada que pueda hacer ya para enmendar las consecuencias de mi arrebato.

—Sobreviviré —es su escueta respuesta. Luego viene la pregunta que me temía—. ¿Me explicas qué coño ha pasado esta noche? Hacía años que no te veía así. Parecías un animal.

«Soy un animal», pienso con tristeza.

Suelto un suspiro cansado. Parece que no tengo otra opción más que contárselo.

—Mi padre ha muerto esta mañana.

Mi tono es neutro; indiferente.

No siento nada, nada excepto ira.

—Joder, tío..., lo siento mucho —dice Phillip acongojado.

Reprimo una risa sin humor.

Si supiera que yo no lo siento lo más mínimo...

Pero está bien, es mi pasado. Nadie tiene por qué saber los detalles de la vida de mierda que solía llevar hasta que las peleas me salvaron.

Nunca le he hablado a nadie del viejo.

No me sale darle las gracias, así que me quedo callado durante un rato.

El suficiente como para que se torne incómodo y al final Phillip opte por hacer preguntas.

—¿Por qué no me lo has dicho? Habría suspendido la pelea.

Mis puños aprietan el volante con una fuerza que hasta a mí me sorprende ante ese pensamiento.

Resoplo, luchando con mis demonios.

—Lo hecho, hecho está, Phil. Hazme un favor, cancela todos mis combates. No sé cuándo volveré.

Soy sincero.

Después de lo que he hecho esta noche —y, lo que es peor, lo que podría haber pasado si no llegan a frenarme—, no sé si es buena idea que siga peleando.

Y lo peor de todo es que no hay arrepentimiento, vergüenza ni ninguna otra emoción cuando lo recuerdo. Solo hay vacío y eso es lo que me inquieta.

Phil protesta un poco, pero al final acaba por ceder. Entiende que ahora mismo necesito tiempo.

Se despide y cuelga, aunque apenas soy consciente de lo que me dice.

En lo único que puedo pensar es en que todos mis esfuerzos acaban de irse a la basura.

Mi pasado ha vuelto a por mí.

Y la bestia que tanto temía que un día regresara está de vuelta en mi interior, más salvaje y descontrolada que nunca.